

dogmático, no comprendían esa rica diversidad de temperamento que se manifestaba en exteriorizaciones poco frecuentes en el oficio árido del abecedario. Me contó lo que le había ocurrido una vez. Tenía a su cargo una aula en un establecimiento de Los Andes. La directora observaba con escrupulosa minuciosidad los preceptos de la pedagogía oficial y las prescripciones severas del culto. Aplicaba la cartilla y el catecismo con idéntico fervor, un fervor frío y cauto que excluía, desde luego, lo que era una revelación de fuerza individual o un indicio de soltura que no consonase con las reglas austera-mente mediocres de aquella abadesa laica. Gabriela Mistral cumplía con los reglamentos, sin protesta y sin cansancio. Mas no bien terminaba su tarea se retiraba a su habitación y se refugiaba en el reposo de sus libros. Esto acabó por fatigarla. Necesitaba el campo pleno, el aire y la luz de los panoramas abiertos, y discurrió gozar a escondidas de lo que no podía proporcionarle la clausura y la vigilancia celosa de la directora. Sigilosamente, con el sigilo del pecado, huía hacia las afueras. Corría por la campiña hasta muy entrada la noche, cuando ya la luna estaba en lo alto. En los días de fiesta, al amanecer, ganaba nuevamente los valles y las sierras, y allí en sociedad con los campesinos, con los arrieros, pasaba las horas contándoles cuentos, explicándoles, en un idioma rudimentario y penetrante, los fenómenos, las ideas, los hechos que su inteligencia no percibía. De este modo llevaba una vida doble, la que le imponía la exigencia del medio artificial en que actuaba y la que brotaba instintivamente de lo interno de su ser y que sublevaba en ella la sensibilidad del paisaje, la ansiedad de separarse de la rutina y entregarse al impetu espontáneo. Ya entonces desconfiaba de la eficiencia de la instrucción estructurada en cánones sedimentados en la disciplina mecánica, y experimentaba, por intuición, la ventaja de formar el corazón y la mente de los niños en un molde más personal, menos hierático, menos neutro. La directora sospechaba un poco de esa maestra que observaba la misa y la lección con igual puntualidad, mas en cuyos ojos se advertía una lumbrera extraña. La vigiló con más detenimiento y descubrió que Gabriela Mistral se libertaba, con cándida astucia, del enclaustramiento, para adueñarse de sí en el albedrío glorioso de la pradera y del monte.

—Esa directora—me decía Gabriela Mistral—se encuentra actualmente en la región minera. ¿Lo creará Ud.? Ya no es devota como antes. Se ha plegado a las costumbres locales. Allí donde vive ahora predomina la incredulidad violenta de los sindicatos obreros y un hombre se hace una situación con una frase contra la Virgen. Y mi vieja directora arrojó lejos de sí el misal y el rosario y se pasa los días murmurando contra los curas y contra la Iglesia. La encontré en el último viaje que hice y me dió espanto pensar lo que sería de mí si tuviéramos que estar juntas y fingirme anticatólica.

Esas cosas, esas mínimas y graves cosas—siguió diciéndome—me han apartado de la educación pública. Realmente es una profesión que no está hecha para mí. Lo he comprobado en Méjico. Iba a los colegios a leer narraciones ejemplares y a resumirlas. Me acuerdo lo que me ocurrió con un relato de Tolstoy: nunca pude referirlo dos veces de la misma

manera. A medida que lo contaba lo iba modificando hasta convertirlo en una creación particular. Y esto me sucede involuntariamente, por una suerte de necesidad de substraerme a lo que es automático, a lo que puede mecanizarme y enmohecer mi espíritu. ¿No es horrible cuando se reflexiona en la faena amodorrada de los maestros, que dicen hoy a sus alumnos, lo que les dijeron ayer, hace un año y hace veinte años? A mi regreso de Méjico fui a mi terruño, al sitio de mi infancia y de mi mocedad. Visité la escuela donde hice mis estudios de preceptora. Al entrar ví a mi maestra que estaba dando clase: era la clase a que asistía cuando hacía ese curso. Nada había cambiado; los bancos roídos, las paredes malhumoradas, el acento, el vocabulario, las definiciones y los ejemplos de la enseñanza eran como entonces. Sentí un calofrío de horror y de misericordia y comprendí el profundo significado de aquel cuento de Darío en que el protagonista retorna a su casa largos años después y encuentra al niño como lo había dejado sin que se haya movido de su sitio y sin que haya crecido...

A la oración salimos a caminar. Mi maestra vestía, como en aquellos días lejanos, su traje opaco, sin forma, sin arrugas, sin manchas, sin gracia. Su rostro no se había alterado; parecía más joven que yo. Pero en la mirada se veía, que el tiempo no había pasado por su alma; tenía los ojos muertos, muertos como su voz sin timbre, sin reflexiones, sin matices de alegría ni de dolor.

—Comprendo—agregó—que el Estado no está en condiciones de intentar ni de organizar las escuelas libres, como yo quisiera que fuesen. La escuela de la Nación, es decir, la escuela moldeadora y colectiva, no puede reproducir la que crea Tolstoy en Jasnaia Polana o Rabindranath Tagore en el bosque vecino de Calcuta. Ha de ser, fatalmente, ineludiblemente, lo que es, o sea, una cosa disciplinada en un régimen preconcebido. El Gobierno, por fortuna, me jubiló y podré dedicarme, en La Serena, donde deseo establecerme, a los trabajos de mi gusto. Me propongo estudiar la vida de la gente del campo. Es la obra que debemos realizar en Chile. Es un triste y arduo problema que ustedes los argentinos apenas si lograrían imaginar. Chile ha evolucionado considerablemente desde el punto de vista industrial y los obreros de las industrias, que se organizan, se agrupan, se asocian con un móvil conquistador de política, consiguen mejorar su existencia, elevarse a veces sobre el nivel de su miseria. No acontece eso con los que cultivan la tierra. Aun no han salido de las etapas primitivas en los métodos de labranza; nuestra agricultura es bárbara todavía y agobia al hombre sin compensarlo. No se vislumbra, fuera de los viñedos, las ventajas de los sistemas científicos que ahorran la fatiga inútil, multiplican el rendimiento y levantan al trabajador en su condición humana. El trabajador agrario de Chile está cerca del trabajador de la gleba. Y hay que ver la forma como vive. Vive en un tugurio espantoso, que es un agujero húmedo y negro. Hay que enseñarle, hay que redimirle, hay que transformarlo en un ser viviente. El campesino de Chile vive como vivía el de Rusia, y esa siniestra pobreza, hecha de ignorancia y de abandono, conduce al ani-